

guión

La sexualidad como todo lo humano ha ido cambiando y viviéndose de diversas formas a través del tiempo. Un historiador o un sociólogo moralista tampoco puede desentenderse de ellas, no sólo por sentido realista y por preocupación pastoral, porque a unos hombres concretos que viven su sexualidad con unas características peculiares es a quienes tiene que aplicar las normas morales, sino más aún porque la historia con sus cambios pertenece desde dentro a la teología en general y a la teología moral y más en particular a la moral sexual. Esto planteará la cuestión de cómo puede compaginarse lo cambiante con lo normativo. La dificultad no hay que solucionarla simplistamente eliminando uno de los términos. Hay que preguntarse cómo deben entenderse las normas sexuales: ¿como "recetas" hechas que no hay más que aplicar a cada caso o como directrices? En este último caso no quiere decir que vinculen menos en conciencia, sino que vinculan de otra manera. En el fondo es la cuestión de "ley y evangelio" aplicada a un campo particular.

Después de este enfoque general viene el planteamiento de algunas cuestiones particulares en su forma actual. Nos detenemos más en dos, que creemos tienen especial interés: la indisolubilidad del matrimonio y las relaciones prematrimoniales.

Si quisiéramos caracterizar con un rasgo la sexualidad moderna, éste podría ser el de la liberación. El sexo aparece, en contraposición a otras épocas de la cultura occidental, como una realidad que ha dejado de estar encerrada en un campo, casi de concentración, protegido por las barreras de lo enigmático y misterioso. Hemos llegado al "fin de una clandestinidad".

Este fenómeno, que ha sido designado como "revolución sexual", ha tenido una serie de aportaciones positivas. En el fondo supone un rechazo beneficioso de las formas alienantes de otras épocas, alimentadas en gran parte por la ignorancia y por una serie de presiones interesadas, impuestas impersonalmente.

Ya Marañón había insistido en la necesidad de substituir el miedo y el temor por la verdad del sexo. No cabe duda de que el estudio científico de la sexualidad ha disipado muchas perniciosas ignorancias. Pe-

ro aunque la ruptura de determinados tabúes haya sido una conquista, sin embargo en este proceso de liberación se oculta el peligro de caer en nuevas esclavitudes. Los antiguos ídolos, como dice H. Cox, han podido ser substituidos por otros nuevos. De ahí la necesidad de exorcizar los demonios modernos del sexo. El "puritanismo" exagerado de antes y el "desenfreno" de ahora tienen una misma raíz: la sumisión a la sexualidad como destino.

En este proceso de liberación la sexualidad no sólo ha sido despojada de los antiguos prejuicios sino que ha quedado desprovista de contenido humano. Se la ha querido naturalizar tanto que se la ha desnaturalizado al desvincularla de su dimensión personal. Deja de ser una realidad humana para convertirse en un objeto más de consumo, en una forma más de entretenimiento y diversión.

De esta forma la sexualidad se ha hecho "insignificante" al perder el misterio humano de que es portadora. En muchas páginas de literatura de información sexual el sexo queda reducido a mera función biológica. A este nivel la sexualidad humana sería una copia exacta de la estructuras biológicas de los animales. Tendríamos que darle la razón a los que no quieren ver en el hombre nada más que un "mono desnudo", un puro fenómeno anónimo y despersonalizado.

Desligado de la persona, el sexo se convierte en objeto de consumo. Para caer en la cuenta de esta "instrumentalización" basta constatar lo que se ha hecho con la mujer —prototipo del sexo— en el campo de la publicidad: un fenómeno más de "especulación" de la sociedad económica; algo —¿podríamos hablar de persona?— que ha resultado útil para la consecución de otros intereses, tan lejanos al sexo como vender unos detergentes o potenciar una urbanización. Es una especie de chantaje, socialmente admitido, del que la masa popular no puede hacerse consciente. A esta luz la experiencia sexual es algo marginal y utilitario, un juego pasajero, un entretenimiento o diversión que no hay que tomarse demasiado en serio.

Una consecuencia de la sexualidad vivida en tales condiciones es el vacío y la decepción. Cuando sólo queda el placer instantáneo y quebradizo, el hastío se apodera del hombre. Las olas de protesta que se han levantado, a veces entre la misma juventud, no tienen en muchos casos un origen moralizante ni religioso. Pueden interpretarse como cansancio psicológico producido por la saciedad. Es el desencanto que produce cualquier frustración, la experiencia de un engaño.

Podríamos concluir que la llamada "revolución sexual" se presenta como un fenómeno ambiguo y que por tanto una primera tarea consistirá en deshacer esa ambigüedad. Lo cual no quiere decir que la solución esté en fijar unas reglas muy claras y taxativas. Las reglas o leyes no son capaces de encauzar por sí solas al hombre. La solución tampoco vendrá de una actitud "tolerante" y acomodaticia, una especie de "rebajas" comerciales que conviertan al comportamiento sociológico en imperativo ético. Habrá más bien que descubrir el valor y significado de la sexualidad. Las exigencias que de ahí dimanen serán las formas concretas de nuestra realización personal y como hijos de Dios.